

ARGENTINA: CRISIS DE UNA CULTURA SISTEMÁTICA

Angel Rama

Una novela inglesa del XVIII, de la cual Cortázar nos ha proporcionado una presta versión española, la muy famosa *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, se encargó de contradecir con dos siglos de anticipación la difundida tesis dicotómica de Ortega y Gasset, según la cual, en toda operación cumplida por el hombre, actúan conjuntamente, y a veces contradictoriamente, el hombre y su circunstancia. Defoe mostró fehacientemente que cuando Robinson Crusoe tuvo que enfrentar circunstancia tan adversa como la de su naufragio en una isla desierta, apeló de inmediato a los recursos de algo que tampoco era estrictamente él, sino el conjunto de valores y comportamientos aprendidos en su período formativo, esto es, lo que llamamos *cultura*. Sustituyendo la futura solución dicotómica, propuso una triádica, según la cual en cada operación creativa cumplida por un miembro de la sociedad, interviene el hombre, su circunstancia (es decir, la historia) y su cultura, trabajando los tres en un inextricable juego de fuerzas, donde además se superponen las tendencias individuales con los marcos colectivos, llámense inconsciente, clase, sociedad, pasado, etc.

Si los dos primeros factores comportan una dominante espacial (son un lugar, una sociedad, una problemática que ocupan sincrónicamente el presente) el tercero introduce una dominante temporal. Aunque la cultura se reactualiza en cada circunstancia histórica como en cada circunstancia clasista, introduce un componente temporal donde se acumula el pasado, aunque no indiscriminadamente. Dado el carácter aprendido y heredado de la cultura, en ella pervive el pasado que ha aceptado una comunidad según la visión instrumentada por su dirigencia; pero dada la multiplicidad de expresiones que le corresponden en una sociedad clasista, incluye proposiciones diversificadas a las que se afilian los diversos grupos sociales, los cuales adoptan en los períodos de crisis y transición, posiciones de confrontación nítida. Dicho de otro modo, la cultura mueve tiempos plurívocos, que son elegidos dentro del repertorio amplio que ofrece el pasado, según

los intereses y las ideas de los grupos sociales que se enfrentan en el presente.

La fuerza actuante del pasado y su pluralidad de manifestaciones son rasgos que deben destacarse cuando intentamos referirnos a la cultura argentina de la gran crisis que se abre en el año 1930 y que no ha concluido en 1980, cincuenta años después, visto que no solo comporta una remoción social intensa, sino también un amplio debate histórico, el mayor que ha conocido la nacionalidad desde sus orígenes. Y esto impresiona como un paralelismo altamente significativo, entre el medio siglo que va de 1800 hasta Caseros incluyendo como puntos óptimos la revolución de 1810 y la Joven Argentina de 1837 y el medio siglo que se inaugura en 1930 con Uruburu y tiene sus puntos óptimos en el ascenso peronista de 1945 y su reaparición en 1972. No sugiero ninguna equivalencia, que sería forzada, entre estos sucesos, sino el paralelismo que corresponde a dos grandes épocas de honda crisis y trasmutación, que se presentan al observador como esfuerzos de definición de la nacionalidad, construyendo un proyecto viable para su desarrollo futuro. Eso fue evidente en el período inicial del XIX ya que desde 1816 en su Acta de Independencia, la dirigencia intelectual sentó coherentemente el principio de la nacionalidad, que estuvo ausente de la mayoría de los pronunciamientos emancipadores de otras regiones de la colonización española, portuguesa o francesa, y a partir de la concepción de "nación" que los demás ignoraron, desarrolló una pugna entre proyectos organizativos, quizás no tan dispares como la retórica de la época cristalizó oponiendo el principio americano y el principio europeo. Pero de esa honda crisis surge la Argentina ubérrima que se extiende hasta 1930, donde se abre un nuevo, intenso debate intelectual, que también parte del concepto de nación, aunque intentado redefinirlo para poder diseñar un nuevo proyecto organizativo. Como si dijéramos que en este 1980 estamos a la altura de Caseros, aunque en una instancia más compleja por el desarrollo de la coordenada internacional de la hora y por la acumulación, el enorme peso del pasado transcurrido que incide sobre las generaciones actuales con una fuerza de la cual carecía a comienzos del siglo pasado.

Esta aproximación que intento a esa problemática no será económica, ni social ni política, sino cultural y aun, con perdón del término, humanística. Soy consciente de la ambigüedad e insuficiencia de la denominación "cultura argentina" para toda visión de tipo global latinoamericano: difícilmente puede incluirse en ella un sector del territorio nacional, correspondiente a las provincias norteafricanas, en tanto que se emparenta con ella el territorio de la actual República Oriental del Uruguay y las provincias sureñas brasileñas de Sao Paulo a Rio Grande do Sul, constituyendo lo que podríamos llamar la *cultura suratlántica* de América Latina, que tiene una dominante pampeana, urbanizada, agrícola-ganadera, inmigratoria e industrializada, dentro de cánones modernizadores. Cultura suratlántica y de ningún modo cultura

del cono sur, para deslindar nítidamente dos núcleos cercanos, emparentados pero diferenciables claramente, como son el paraguayo-guaraní y el chileno-araucano.

A ella, aunque excluyéndole la parte brasileña, llamé el antropólogo Darcy Ribeiro "cultura trasplantada", equiparándola a la de la zona norte del continente, los Estados Unidos y Canadá, pareciendo así homologar el sueño profético de Sarmiento. En la medida en que el término "trasplantado" parece prescindir de la larga elaboración interna a que han sido sometidas las incorporaciones europeas, de la absorción de rico remanentes autóctonos y de las ingentes operaciones originales que uno de los equipos intelectuales mejor dotados, como ha sido el suratlántico, han cumplido, representando una sociedad extraordinariamente dinámica, preferiré siempre hablar en este caso de "cultura de la modernidad" en sustitución de "cultura trasplantada". Efectivamente, la suratlántica es la cultura que más drásticamente se ha hecho cargo tanto de las virtudes como de las vicisitudes de esta concepción del universo generada en el marco noratlántico, dotándola de una inflexión peculiar. Una frase irónica que es ya un bien mostrenco del medio intelectual ilustra el sedicente desarraigo de esta cultura: del mismo modo que los peruanos descienden de los incas —dice— y los cubanos o brasileños de los negros, los argentinos (los suratlánticos) descienden de los barcos. Como se podría aplicar tal cual a los norteamericanos, podríamos reconocer que esa circunstancia nutricia, esa importante fuente migratoria que la alimenta, nada resta a la originalidad del producto cultural alcanzado. La pintoresca alarma con que Américo Castro percibió en la década de los veinte el notorio apartamiento argentino de la norma lingüística peninsular, lo cual sirvió de base a la tentación de una lengua nacional en ese momento pero que aún antes había dado pie a la franca utilización del dialecto rural para la expresión literaria y al dialecto urbano para la teatral y periodística, esa alarma, brillantemente contestada por Borges, no hacía sino testimoniar la capacidad creadora, desenvuelta y original de una cultura. Entre las múltiples pruebas de la perspicacia de José Martí está la de haber observado desde la década del ochenta en el siglo pasado, este manejo brusco y original de la lengua española que él, tan afiliado a la tradición popular peninsular, celebró alborozado. Si los comportamientos lingüísticos son los mejores indicadores de la singularidad de una cultura, pues es la lengua su mayor invención simbólica, este rasgo debe contar primordialmente para medir una capacidad creadora.

Una cultura de la modernidad no es, como se ha tendido a pensar respecto a su presencia en América, una mera imitación desvaída de culturas foráneas, un amasijo de influencias importadas, trasplantadas tal cual, sino una cultura que, liberada de pesadas amarras al pasado remoto y a su tradición gracias a azares históricos, consigue organizarse coherentemente a partir de los elementos de que dispone y evolucionar hacia un punto focal que está

situado en el futuro y no en el pasado. Adquiere entonces, tal como creo visible en la Argentina, la característica de una *cultura de vanguardia*, cuya potencialidad deriva de que explora territorios desconocidos, los inventa con audacia, los sueña y aun planifica y los convierte progresivamente en su propia realidad. Hacia 1930, esta notoria actitud vanguardista, que en América Latina solo tenía igual con otros miembros de la misma cultura suratlántica, los paulistas de la Semana de Arte Moderno, provocaba la admiración de Mariátegui que en ella veía la prueba de una transformación revolucionaria burguesa que no se había alcanzado en otras regiones del continente y que abría el camino a sucesivas transformaciones que habrían de ser tesoneramente dificultadas en el medio siglo de crisis posterior, sin llegar a ser definitivamente vencidas. Pero esa actitud vanguardista es la misma que percibimos en la generación intelectual de la emancipación y en la posterior de la Joven Argentina que habrá de tomar el poder después de Caseros, permitiéndonos la distancia a que la observamos hacer el recuento fiel de virtudes e insuficiencias. Sabemos que la tardía colonización de la zona por españoles y lusitanos, la destrucción de las débiles poblaciones indígenas en un sistemático genocidio, la peculiaridad de una explotación económica que fijó el pacto dependiente con las metrópolis en ascenso, el entronque histórico con los centros que impulsaban la modernidad burguesa, el trasvasamiento migratorio, son algunos de los rasgos constitutivos que aseguraron la fundación de una cultura de la modernidad y su empuje vanguardista.

Sabemos también que la conducción burguesa que durante casi un siglo aseguró la evolución de esa cultura, entró en colisión desde 1930 con los nuevos grupos sociales emergentes que reclamaron su parte en la conducción del país y su derecho a incorporar a él sus privativos elementos culturales. Si hay un rasgo peculiar de esta coyuntura histórica argentina, es la visualización dicotómica que entonces surge y que simplistamente se definió en la oposición Florida-Boedo. La sociedad posterior a 1930 vio aplicarse la "hora de la espada" proclamada en 1924 por Lugones y tendió a reconocer como válida la división en tendencias antagónicas, por cambiantes y escurridizas y metamorfoseables que ellas hayan sido a lo largo del medio siglo transcurrido. Diría que las oposiciones han sido constantemente redefinidas, alterando los polos del enfrentamiento, pero que se ha conservado el básico sistema binario de oposiciones entre dos orientaciones doctrinales y esto ha sobrenadado al permanente confusionismo que rige culturalmente al período. Todo lo que en él se ha producido, desde el arte y la literatura hasta las formulaciones políticas, desde las filosofías sociales hasta las morales, está marcado por el confusionismo propio de una edad de crisis, en la cual ninguna proposición parece enteramente satisfactoria intelectualmente porque ni es nítida ni puede desarrollarse autónomamente: vive dentro de una pugna y se abastece de la acumulación indiscriminada de la historia

transcurrida. Incluso parecen menos nítidas que las proposiciones de la gran crisis inicial del orden colonial, aunque eso también puede atribuirse a que estas últimas las podemos percibir desde el ángulo de los triunfadores en la contienda.

Nada ilustra mejor el confusionismo que la bastante difundida tesis sobre la pérdida de la identidad cultural. En América Latina es habitualmente un efecto secundario de la velocidad modernizadora mediante incorporación de patrones extranjeros, aunque aparece también como una racionalización ideológica para expresar la ambigüedad en que se mueven las clases altas y medias de una sociedad, en especial sus sectores juveniles, ante las urgencias de un cambio social y político al que parcialmente se resisten. Conozco pocos testimonios sobre la pérdida de identidad de los jóvenes de las clases obreras, en quienes sería casi más lógico el problema visto que proceden de sectores rurales o marginales que se incorporan violentamente al más desarrollado sistema productivo industrial extranjero. Conozco en cambio muchos testimonios sobre esta conciencia en los estudiantes universitarios procedentes de clases medias o altas, a los cuales pueden aplicarse certeramente los razonamientos de Erik Erikson sobre la "crisis de identidad" que él vivió en el seno de la cultura europea. Pienso que ellos descubren que el sistema racional propuesto por una cultura de la modernidad como instrumento de cualquier operación intelectual, en verdad esconde una secreta irracionalidad que se testimonia en el apropiamiento de las fuerzas productivas y la subsiguiente apropiación de la conducción política. No creo casual que tales crisis de identidad hayan conducido a un reconocimiento del irracionalismo, a veces a una práctica de su caprichosa libertad y a una reconsideración del tema de la alienación. Cuando dejamos de estar contenidos dentro del aparato intelectual racionalizado y cuando superamos el encierro mediante la objetivación de ese aparato, descubrimos sobre qué tembladeral irracional funciona y en qué medida lo propicia. Como "dialéctica de la Aufklärung" lo percibió Horkheimer en una visión pan-occidental que no rendía cuentas de su agravamiento en sus márgenes expansivos.

La modernidad vanguardista no es una virtud en sí, por más que de ese modo la recomienden sus afiliados, sino que es simplemente una característica de ciertas sociedades dinámicas de la era burguesa. Sus productos son sin duda admirables, pero no mejores ni peores que los de otros tipos de sociedades, incluso las que llamamos sociedades tradicionales. Son distintos. Si algo debemos a la antropología moderna es haber desprendido a las culturas tanto de las constricciones de raza como de las originadas en el concepto de una evolución progresiva única. Esos productos son además fácilmente internacionalizables, pues se adecúan al circuito planetario que ha establecido la economía-mundo de la actualidad. Para una visión restrictamente de presente esto no se ofrece como una virtud suplementaria

sino como una corroboración del valor absoluto. Para una visión algo más ecuménica es simplemente una peculiaridad, tan curiosa y original como la forma de reproducción de determinadas especies animales.

Se trata de un estilo de sociedad, un modo de funcionamiento que subyace a la producción de objetos culturales, aunque estos son capaces de autonomía respecto a los sistemas productivos en que se engendran. Si dejando de lado los productos examinamos ese sistema productivo de la modernidad vanguardista, observaremos que acarrea complejas operaciones, tan creativas como destructivas. Exactamente, solo puede alcanzar el punto ígneo de producción mediante la combustión de ingentes aportes culturales que alimentan la hoguera. Así, el espíritu vanguardista debió proceder a una tesonera urbanización de la cultura, lo que implicó consumir múltiples culturales rurales y, dadas las normas decimonónicas sobre las cuales fue trazado el plan de urbanización, debió desembocar en una generalizada alfabetización que fue construida en detrimento de las culturas analfabetas y orales. Si algo no puede negarse es la coherencia de la propuesta de Sarmiento: ciudades contra campo, alfabetización modernizadora contra tradicionalismo analfabeto, europeísmo anglofrancés contra pervivencia hispanizante. La consecuencia ha sido categórica: no tenemos en toda América Latina una cultura tan sistemática, rigurosa y homogéneamente urbana y alfabetada como la argentina. Esta opción franca tuvo la virtud de aceptar también francamente las negaciones que acarrea: la drástica exclusión de toda otra forma cultural opuesta o alternativa. Las virtudes de urbanización y alfabetización han sido cantadas mil veces y es bien fácil rastrearlas en la planificación sistemática de los productos culturales argentinos, en la racionalidad de sus diseños, en los criterios analíticos que maneja, en las concepciones normativas y generalizadoras a que aspiran, más visibles cuando procede al despojo de los particulares concretos para componer una doctrina oficial que se impone beligerantemente a toda la nación. Todo eso se sostiene sobre destrucciones paralelas: la cultura argentina ha establecido una aparente y rígida homogeneidad de toda la sociedad que impuso con notoria violencia, si no a todos, a la mayoría de los grupos componentes, procediendo al arrasamiento de las culturas regionales, sobre todo las múltiples culturas rurales, indígenas o campesinas que fueron o exterminadas o menospreciadas en beneficio del sistema de valores y prestaciones de la cultura urbanizada. Lo mismo puede decirse de las múltiples culturas tradicionales de los sectores inmigrantes, alcanzando la extinción de las etnias que sin embargo aun sobreviven en la sociedad norteamericana de "trasplantados" y siguen proporcionando desde sus enquistamientos sus productos específicos.

La voluntad planificada de este proyecto se hace visible cotejándola con otras regiones de América Latina o con la misma Europa. Basta cruzar la cordillera para recuperar de inmediato, en Chile, la multiplicidad de vivas

formas culturales regionales o atravesar la frontera brasileña al norte de Sao Paulo para percibir cuán vivamente sigue viviendo el regionalismo con sus sabores particulares. Pero tampoco España, ni las naciones europeas que condujeron el proyecto civilizador argentino, Francia, Inglaterra o Alemania, ha producido una homogenización similar y siguen conservando expresiones particulares regionales que son centros de producción cultural con visible margen de autonomía. Es obvio que tocamos aquí las distintas maneras en que se cumple la modernidad, según se trate de quienes la generan o de quienes la adoptan en situación dependiente. Y a pesar de la diferencia de grado que se registra entre la operación homogenizadora en Argentina y Estados Unidos, se podrían traer a colación las melancólicas reflexiones de Sapir sobre las culturas auténticas y la espurias tal como lo percibía en el panorama norteamericano de su época. El espíritu de modernización vanguardista pierde sus protectoras riendas que lo compensan y moderan cuando se diluye el polo tradicional contra el cual insurge. Visible eso en las nostalgias del particularismo que acecharon al Sarmiento de la madurez o en la recuperación, aunque ya fatalmente folklórica y ornamental, de las culturas rurales muertas en este siglo XX, a cargo de Lugones.

Hacia 1930 Scalabrini Ortiz construyó su historia de los ferrocarriles argentinos a partir de la contemplación del insólito plano que dibujaban las líneas férreas del país; pudo también acometer la historia de la cultura argentina partiendo de ese mismo esqueleto que la vociferaba. Aunque en vez de trazar la doctrina de la inocencia que dice que el demonio viene de fuera y nosotros somos sus incautas víctimas (la "teoría de la conjura" que decía Real de Azúa) puede trazarse otra doctrina más realista que dice que en estas operaciones se testimonia la obra de un asombroso equipo de intelectuales, parecidos a los "amautas" de que hablaba el Inca Garcilaso de la Vega, los que habrían diseñado platónicamente el Imperio Inca antes de que fuera realidad. Los intelectuales que estuvieron detrás de este proyecto, pensaron vanguardísticamente al país, construyeron su modelo ideal y procuraron luego que la sociedad real se amoldara a esos lincamientos: pusieron su diseño encima del país y repasaron con lápiz tinta sus líneas para que quedaran registradas. En un reciente libro Halperín Donghi ha reunido las piezas de este debate intelectual (*Proyecto y construcción de una nación*) del que no encuentro paralelo sino en la generación norteamericana que diseñó el "destino manifiesto". El costo social fue monumental y creo que fue entonces que se introdujo esa arrogante concepción abstracta que con tal de alcanzar la plenitud real del modelo ideal se mostró capaz de despreciar el sufrimiento de la población. Esta arrogancia se reproduce en los años actuales, salvo que si no hubo real batalla entablada por parte de las clases rurales del XIX para enfrentar el proyecto liberal, sí hay hoy una muy decidida actitud combativa en las clases obreras contra la oligarquía y los sectores militares que le obedecen.

No hay duda de que esos intelectuales representan clases sociales, ni de que operaron dentro de las constricciones que imponía su época (que sería injusto y pueril extrapolar a nuestras circunstancias actuales), pero lo que me parece singular en el campo cultural argentino, es esa presencia beligerante de los equipos intelectuales puestos a una tarea de construcción de modelos, en lo que percibo la visible remanencia del intelectual dieciochesco que ha sido el inicial prototipo al que el país fue fiel hasta hoy. La cultura argentina, como todas las latinoamericanas, ha sido y pretende seguir siendo una cultura de élites, pecado original del que ni siquiera el pensamiento opositor y contestario actual se ha desprendido. Pero hay diferencias en América en el comportamiento de esas élites. La cultura colombiana y en general la andina, es asimismo una cultura de élites y la mexicana no solo de élites sino aun de maffias detentadoras del poder. Pero mientras las élites de la región andina funcionaron separadamente del resto de la sociedad, dentro del batiscafo de sus clases, trasmitiéndose comunicaciones para uso exclusivo del sector intelectual, las élites argentinas funcionaron sobre el concepto de servicio civil nacional, se constituyeron con equipos altamente preparados, desarrollaron complejas visiones futuristas y elaboraron proyectos destinados a ser puestos en práctica por la sociedad toda y que reclamaban de la mayoría de las fuerzas sociales para ejecutarse. Como además acarreaban modificaciones ingentes, les era indispensable un amplio y riguroso sistema educativo tanto para formar los cuadros eficientes para esa tarea como para internalizar en la conciencia de los ciudadanos sus presuntas virtudes. Como carecieron del rico estamento eclesiástico de otras regiones, aunque apelaron algo retóricamente a los principios religiosos, tuvieron más confianza en un armamento instrumental educativo laico como era propio del proyecto burgués moderno. El les conquistó importantes sectores populares quienes aceptaron esa lección de la ideología aun en oposición a la lección de la verdad concreta de sus propias vidas, posible origen de esa sorprendente alienación de los sectores medios urbanos en la sociedad argentina actual.

Esas élites han modelado la nación imponiendo mitos en la conciencia ciudadana: desde el de "nación" hasta el de "educación". Diría que todos ellos, aun los más defendibles, responden a los principios de un flexible despotismo ilustrado, porque han sido incrustados en la sociedad a partir de su elaboración por las élites, sin intentar recoger de los hombres que la componen esos valores que conducen sus formas culturales específicas y tradicionales. El principio de modernización adquirió así un estilo autoritario y desdeñó las fuentes creativas y espontáneas de la población, que solo algunas veces resultaron rescatadas en obras literarias o artísticas, en formulaciones doctrinales de grupos resistentes y minoritarios. Fue una cultura inducida que se prevaleció del extraordinario aparato educativo para transmitir la ideologización de las élites. Sin duda manejó expresiones populares pero

solo epidérmicamente o después de haber sido castradas (la ideologización del gaucho que hizo Lugones en sus conferencias de 1913 ante las autoridades nacionales) y con ellas revistió enmascaradamente los mensajes de las élites, oficiando de representantes de clases dominantes.

Establecieron una cultura normativa y legal, la cual desarrolló persuasivas abstracciones explicativas y minuciosos sistemas legales de funcionamiento, pues todos los integrantes de estas élites fueron, como Laprida, hombres de leyes y dictámenes y no deja de ser aleccionador la subversión de esos rasgos en la actual situación argentina, porque ha evidenciado, casi grotescamente, lo que tenían de invenciones supraestructurales y de régimen coercitivo. Se trata de una peculiaridad compartida por diversas áreas latinoamericanas, devotas todas de los códigos napoleónicos y de las cambiantes cartas magnas constitucionales, pero es la coherencia y el espíritu de sistema lo que en el caso argentino llama la atención. La minuciosidad con que fue construida una red de principios, órdenes, disposiciones, interpretaciones, y el rigor omnímodo con que se aplicó a la totalidad nacional. Para lograr esta coherencia y esta sistematicidad, forzoso es perder de vista la realidad concreta. El perspicaz Valentín Alsina lo percibió de inmediato en Sarmiento y amistosamente trató de evidenciar su propensión a los *sistemas*, que definió así : "sentada una idea jefe, recorre cuantos hechos se le presentan, no para examinarlos filosóficamente y en sí mismos, sino para alegarlos en prueba de su idea favorita, para formar con ellos el edificio de su sistema. De aquí nace naturalmente que, cuando halle un hecho que apoye sus ideas, lo exagere y amplifique; y cuando halle otro que no se encuadre bien en su sistema, o que lo contradice, lo hace a un lado, o lo desfigura o lo interpreta: de aquí nacen las analogías y aplicaciones forzadas; de aquí los juicios inexactos o parciales acerca de los hombres y sucesos; de aquí las generalizaciones con que, de un hecho individual y tal vez casual o insignificante en sí mismo, el escritor deduce una regla o doctrina general". ¿No se podría aplicar a tantos otros en tantas otras épocas? ¿A Echeverría como a Alberdi, a Lugones como a Ingenieros, a Martínez Estrada como a Viñas?

No veo en el resto de América Latina otra cultura tan poco empírica y tan poco pragmática como la argentina, tan poco respetuosa de lo concreto, particular e individual y a la inversa, tan segura de la conveniencia, amplitud y exactitud de las "leyes y los dictámenes". Percibo en ella una tendencia generalizadora que se construye a partir de algunos apoyos realistas evidentes y eficientes pero no siempre suficientes para esa rápida construcción generalizadora que aspira a la fijación de normas interpretativas de validez universal, de teorías fascinadoras pero indemostradas. Es frecuentemente el reino de las hipótesis que se hacen pasar cómodamente como tesis resultantes de una investigación que no se ha llevado a cabo. Veo aquí una consecuencia de ese absolutismo de las élites intelectuales aplicadas a fijar modelos ideales para luego encarnarlos. Y comparto tan vivamente la

desconfianza contra este espíritu de sistema que llevó a Carlos Vaz Ferreira a escribir su *Lógica viva*, que llevo a pensar, aplicando aquí el espíritu de sistema, si esta desconfianza tanto del Vaz novecentista como mía, no es parte de una resistencia provinciana a la sistematización omnímoda que llevó adelante la capital Buenos Aires sobre su vasto hinterland, que no estaba compuesto solo de campiñas sino también de pequeñas ciudades como Montevideo o Córdoba, las cuales no por azar fueron, en 1908 y 1916 respectivamente, sedes de insurgencia estudiantil y reformismo universitario.

A través de un eficiente aparato educativo, que encubre y disfraza el régimen represivo sobre el cual se levanta, los "amautas" transmiten sus ensoñaciones al común: nada de raro que en algún momento una parte de la sociedad, aunque acostumbrada a aceptarlas, descubra que está soñando pesadillescos cuentos borgianos. Nada de raro tampoco que otra parte de la sociedad se niegue a soñar una pesadilla que poco tiene que ver con su situación concreta y sus intereses. Hay un momento en que la conciencia de los particulares consigue perforar la perfecta estructura normativa diseñada por los "amautas". Pero es ilustrativo del poder de los sistemas para seguir operando más allá de las doctrinas que transportan, registrar en esa parte de la sociedad que se rebela a la conducción de las élites, la asunción del mismo espíritu de sistema, de los mismos diseños generalizadores y abstractos, aunque comúnmente de signo contrario. La capacidad insidiosa de toda acumulación cultural extensa, de todo pasado, para impregnar posiciones doctrinales disímiles y aun contrarias, filtrando sobre los campos opuestos un idéntico régimen operacional que los homologa funcionalmente aunque discrepen en sus proposiciones, puede reconocerse en el último medio siglo argentino correspondiente a la crisis, en el trazado de dos líneas opuestas.

La parcial toma de conciencia de esta crisis, se logró mediante el reconocimiento de una línea cultura alternativa. Oponiéndose a la línea liberal y oficial de la cultura argentina, que en alguna ocasión se denominó mitrista, se concedió relevancia a una línea recesiva de tipo populista, lo que a su vez fundamentó el discurso histórico revisionista. Si bien tal ruptura resultó beneficiosa, en cuanto puso en discusión el principio homogenizador falso que se había impuesto al país, dista de dar cuenta de la total situación cultural de la sociedad. Se sabe hoy que la cultura argentina no es, exclusivamente, el Teatro Colón, el diario *La Nación* o la revista *Sur*, pero la solución alternativa populista asumió similares formas autoritarias, generalizadoras e impositivas, presentándose como el producto de otras élites intelectuales dictaminando a partir de una escasa o empobrecida experiencia de lo concreto. Quedó destruida la concepción global y uniforme, pero su dependencia de élites así como la subsiguiente tendencia sistemática homogenizadora continuó funcionando. Con lo cual la pluralidad de culturas sometidas que de hecho integran la nacionalidad no ha sido reconocida ni han ad-

quirido fuerza sus variadas demandas a integrar una cultura auténticamente nacional. Es propio de las crisis la desintegración de la centralización autoritaria, dejando en libertad operativa los variados sectores que entonces buscan expresarse. Algunos pudieron hacerlo y otros siguen imposibilitados de sostener fuertemente sus propios valores culturales y aun corren el riesgo de perderlos si asumen simplemente algunas de las dos líneas (oficial y populista) enfrentadas.

Las culturas de los sectores sometidos cumplieron siempre ingentes esfuerzos para expresarse colectivamente y para ser aceptadas válidamente a la luz pública. Para comprobarlo, cada uno de nosotros puede trabajar desde su campo de observación, sean las lenguas, las doctrinas sociales, los humildes productos de la vida cotidiana, las posiciones políticas, etc. En mi caso ese campo de observación está representado por la literatura. En él se percibe la exacerbada expresión de las culturas rurales en el último tercio del siglo XIX, aunque con mayor vigor y mayor variedad (de Lussich a Podestá) en las regiones alejadas del centro tentacular de Buenos Aires y por eso más vivamente en la Banda Oriental que en la Occidental del Río de la Plata. Del mismo modo que más vivamente entre las poblaciones de Rio Grande do Sul que bajo el imperio urbano de Sao Paulo, para la otra porción (brasileña) de la cultura suratlántica. En cambio las culturas inmigratorias del primer tercio del siglo XX, por su incidencia en los centros urbanos, lograron expresarse preferentemente en las ciudades, Sao Paulo y Buenos Aires, aunque asumieron sus rasgos contestatarios más firmes, su estructura ideológica radical, en las ciudades pequeñas, Rosario, Montevideo. La "plebe ultramarina" que vilipendiaba Lugones, consiguió una inicial expresión propia, que Gladys Onega ha pesquisado en su libro, sustentó originales formas teatrales y diseñó formas originales del imaginario, aunque, en el sentir de Darcy Ribeiro, no consiguió imponer como en Estados Unidos sus normas vitales y se rindió al conservadurismo tradicionalista de las élites dominantes. Ello, sin embargo, estaba previsto desde el comienzo novecentista en las proposiciones de *Canaan* de Graça Aranha y en *La gringa* de Florencio Sánchez, quienes buscaron la reconciliación de los elementos en pugna.

Tanto unas como otras manifestaciones, rurales y emigrantes, han sido enlazadas precariamente por quienes han buscado construir la tradición popular alternativa recusatoria de la oficial, pero lo cierto es que no hay siirilitud ni continuidad histórica entre estas formas culturales de sectores dominados de la sociedad. La debilidad de sus productos y la dificultad para ser incorporados al circuito culto, testimonian el aplastante peso de la cultura de élites, tanto en su vertiente oficial como en la supercultura y sofisticada que ocupó la escena desde 1930. Las formas populistas, incluso, que se generaron en los diez y los veinte, fueron incapaces de sostener un desarrollo extenso: así, una de sus ricas invenciones, el tango, se agostó

lo suficiente como para que en las últimas décadas fuera recuperada por el sector culto como un objeto de museo.

Donde con mayor nitidez se percibe la dificultad expresiva de vastos sectores culturales, es en la incapacidad de la cultura proletaria para generar una literatura específica. No hemos tenido una literatura proletaria, a pesar de la obvia importancia numérica de esa clase y de su incidencia en la estructura social. Entre una literatura de funcionarios de partido que vinieron a configurar una nueva expresión de literatura de élites, —aunque a estas acostumbramos a llamar de "cuadros"— y una literatura populista de baja clase media, no quedó espacio visible para que adviniera una literatura proletaria de equivalente importancia a la de los otros sectores sociales mencionados, como las castigadas poblaciones rurales o las sometidas poblaciones inmigrantes. Unas y otras han confluído en buena parte a la formación de un proletariado urbano, pero éste parece haber sido succionado por una producción literaria de los "mass media", los que ocupan el lugar que otrora correspondiera a los organismos educativos oficiales y cumplen como ellos una tarea de indoctrinación al servicio de un proyecto de élites, salvo que en un nivel mucho más bajo y pervertido.

En cambio hemos tenido un trasiego de intelectuales formados en los cauces de la cultura dominante, que se han acercado ideológicamente, más que artísticamente, a los sectores populares urbanos. Para examinar el puesto que le cabe a Rodolfo Walsh en las letras argentinas, he estudiado en otro lado (*Escritura 2*) ese curioso proceso posterior a los 30, donde se sitúa la obra de Leopoldo Maréchal y las contribuciones del Cortázar adulto, entre otras correspondientes a los jóvenes que emergen a la producción desde 1955. Pero a pesar de las contribuciones que en esta última generación hizo Walsh al periodismo militante y a la construcción de ciertas formas "proletarizantes" como la novela policial de pobres, que parece responder a ciertos reclamos gramscianos, la clase obrera, que es el centro de la problemática social argentina, aun no ha expresado directamente su concepción cultural. Mientras ello no ocurra, no se habrá producido la necesaria catarsis y renovación de la cultura argentina, para que vuelva a ser la pujante cultura del modernismo vanguardista que fue y le aseguró un puesto privilegiado en el continente.